

LA TARÁNTULA.

SOBRE LA POESÍA EN LA DRAMÁTICA.

ARTÍCULO I.



Ha de definirse la *poética* el arte de hacer *coplas*; y éstas unos montoncitos de líneas desiguales llamadas *versos*? ¿No es la poesía esa música del cielo que hace vibrar las cuerdas en nuestros corazones, esa mágica y dulcísima combinación de palabras y pensamientos que arroban nuestra alma y electrizan la fantasía? He aquí el verdadero punto de vista en que esta brillante facultad de la imaginación y del entendimiento debe considerarse. Llamamos, por desgracia, *verso*, á un número determinado de sílabas y hacemos consistir su dificultad en los consonantes. Decimos *poetas* á ese murmullo de palabras concertadas que atolondran nuestros sentidos á la manera del ruido de las cascadas que para nuestra mente y nos priva de juzgar nuestras momentáneas afecciones. Si es cierto que la poesía debe embriagar el pensamiento, y constituirnos en un éxtasis deliciosísimo, no por eso ha de confundirse nunca esta agradable sensación con la de un eco monótono y á propósito únicamente para amodorrarnos ó adormecernos. Yo definiría á la poesía, artísticamente hablando, *el sentimiento y la verdad*. Cuando la mente del poeta se inflama, cuando ese divino espíritu, como le llamó Horacio, le inspira y le levanta, entonces los objetos de la naturaleza hacen en su alma una impresión vivísima, y las palabras que ocurren á sus labios son otras tantas pinturas exactas y resplandecientes. Sentimiento y verdad: este es el carácter de la poesía. Como el sentimiento se adivina por la importancia del pensamiento y por el fuego con que este se concibiera, así es que no los acumulados epítetos, las violentas metáforas, los extraños rodeos, la inútil pompa, ni la enredada ojarasca se hallarán nunca en la verdadera poesía. Es sencilla cuando grande, risueña y apacible cuando retrata las variadas perspectivas que nos cercan.

Quando el corazón siente mucho, no deja á la lengua desleír y extender las ideas: las unas se atropellan á las otras, y la mente trata solo de pintar pronto y pintar con energía. Como los objetos que pueden retratarse son tan diversos y de tan diversa índole, la poesía tiene que acomodarse siempre á la de aquel; pero le hace resaltar, le embellece, le rodea de una hechicera nube y le perfuma y embalsama; porque el poeta se ha alzado sobre los demás seres, toca su pluma un punto muy cercano al azul del cielo, y domina cuanto se extiende ante sus ojos. Ya de

NÚM. 1.º DOMINGO 27 DE MARZO DE 1842.



lo dicho se deduce que este encanto de la poesía no debe atribuirse á la métrica combinacion de las sílabas, ni al martilleo del consonante, sino á la esencia y propio modo de presentar el pensamiento. Por esta razon no dejan de ser trozos poéticos varios admirables que se encuentran en las obras de Cervantes y demas excelentes prosistas de todos los siglos. Infírese tambien de aquí, que en el verso hay que considerar dos cosas, el pensamiento y forma con que se presenta, y ademas la combinacion métrica de las sílabas. Lo primero es la esencia del verso; lo segundo el barniz que refresca la pintura y aviva los colores; pero ¡ay del pintor que trace mal su obra y no sepa preparar las tintas, y confie tan solo en el seductor brillo del barniz, que servirá no mas que para hacer mas palpitante su orgullo y su ignorancia! Pero, bajo este aspecto en que presentamos el ritmo ¿es tan reducido su uso que no pueda ser sino el material que parece queremos darle? El metro ademas del realce que presta á los objetos tiene de suyo otro encanto: es un vapor que idealiza mas las imágenes que intentamos representar: y por consiguiente de indispensable uso siempre que el poeta canta la apoteosis de los héroes, ó las complicadas ilusiones de la imaginacion ardiente, ó desea recordar el misterioso aroma y los hechizos de la naturaleza. He aquí porque no es arbitrario el uso del metro: mas adelante veremos si lo son sus diferentes clases, y si puede reputarse defecto elegir esta ó aquella. Tiempo es ya de que atendamos á la poesía en las composiciones dramáticas.

Si el teatro es el espejo del hombre y de la sociedad, las obras que para él se escriban deben tener indispensablemente todo el carácter de verdad posible, y la disposicion del cuadro ha de ser la conveniente, tanto para producir buen efecto, como para depositar alguna saludable medicina en el ánimo del espectador. El fin del poeta dramático es deleitar é instruir. No le es lícito prescindir nunca de ese doble objeto. La obra que no enseña, que no corrige, que no advierte, es mala. La obra que no deleita, que no halaga, es mala tambien. Dejemos sin embargo para otra ocasion el exámen del fondo moral que debe notarse en todo drama, y vengamos á la poesía, como medio de amenizar y abrillantar las composiciones. Y el cuadro dramático puede tener dos aspectos: el de una encantada alegoría que entusiasma á los espectadores presentándoles los héroes ó los genios celebrados para que sus virtudes sean imitadas, ó el de un retrato fiel del hombre ó de sus costumbres. En el primer caso el metro es necesarísimo, porque ayuda á constituir los objetos en un estado sobrenatural y extraordinario; en el segundo caso pueden darse circunstancias en que el metro deba reputarse un punible defecto. Cuando el blanco á que gira el poeta es á representar las costumbres de la época, la armonía contribuye singularmente á avivar el gracejo; los conceptos se redondean mas; y los chistes, afinándose, llegan á hacerse mas punzantes y marcados; pero aun en esta posicion es necesario contar con un tacto muy fino, con una pluma fácil y lozana; y no perder de vista nunca que el metro cuan-

do no aprovecha daña muchísimo á la composicion: no creen jamas que es un oropel que deslumbra, un disfraz que puede disimular y ocultar las faltas. El poeta nos presenta muchas veces en la escena el retrato de los personajes cuyos talentos le conquistaron eterna celebridad. Entonces es necesario que aquel clasifique el género que hizo célebre á su protagonista, para usar del metro con tino y oportunidad. Hacer hablar en prosa á Rioja seria un error como lo seria hacer hablar en verso á Saavedra. No versificar el drama en que apareciesen Pelayo, el Cid, ó Gonzalo de Córdoba seria en extremo reprehensible. En este último ejemplo el drama es una apoteosis, la imaginacion exaltada con las virtudes de aquellos capitanes, los llega á contemplar en la esfera de los dioses, y el ingenio echa mano de cuantos recursos pueden contribuir á idealizar su obra. En el otro ejemplo el drama es un retrato, y si no se parece al modelo todo lo posible, el trabajo ha sido infructuoso. Esta es la índole filosófica del teatro: la sana razon y la imparcial critica deben considerarle de este modo; y la juventud que se dedica al estudio del teatro debe asimismo profundizar sobre las ideas que apuntamos, y descubrir el sendero mas derecho y seguro de llegar á la perfeccion en la dramática.

AMAR CALLANDO.

Descobrid vuestra llaga, si non ansí morredes.

El Arcipreste de Hita.

¿Porqué mi pecho como blanda cera

De la beldad sublime á los encantos

Débil se rinde, y el valor me falta

Para elevar mi queja lastimera?

¿Porqué mis pobres cantos

No han de tener la mágica armonia

De un coro celestial para mi hermosa,

Ya que no quiere la desgracia mia

Que una mirada suya, cariñosa,

Aliente mi esperanza,

Y me muestre á lo lejos la bonanza?

Ay! que es la muerte padecer callando;

Ay! que un tormento inexplicable el alma

Siente á su vista, y del deber el peso

Mi mas grata ilusion va desgarrando!

¿Y no habrá un hora para mí de calma

En esta lucha röödora, eterna,

En que al dulce embeleso

De su blanda sonrisa y apacible,

Lleno de fuego el corazon sensible
 Se abrasa y se consume, mientras lloro,
 Y callo, y sufro y mi pesar devoro?
 ¿No habrá por fin para templar mis ansias
 Con las nieves del Cáucaso bastante,
 Que he de sufrir, entre abrasados rios
 De hirviente lava, que en el pecho amante
 Se agitan sin cesar, crudos tormentos
 Mas que la muerte para mí sombríos?
 Ay! ¿que es la vida sin su amor? que halagos
 Presenta el porvenir, cuando la estrella,
 La sola estrella que en su senda oscura
 He podido admirar, nube sombría
 Eclipsa ante mis ojos, su hermosura
 Robando á par con la esperanza mia?—
 Mas ya que el alma en silenciosas penas
 Sufra callando, si el temor me impide
 Decirte que te adoro,
 Y mi existencia misera envenenas
 Sin ver ¡ó hermosa! mi constante lloro,
 Deja que al menos de mi pecho arroja
 Un suspiro apenado;
 Que ese suspiro volará en las alas
 Del céfiro hasta ti, y embalsamado
 Si llega á confundirse con tu aliento,
 Tal vez la historia de mi amor contando,
 Te anunciará mi afan y lo que sufro,
 Porque he nacido para amar callando!

¡Que me pica la Tarántula!



quí me teneis, lectores queridos; no porque vosotros me querrais, sino porque yo quiero escribir. Escribir donde tanto se escribe no es hacer mucho, pero escribir por el público y para el público es hacer algo.

De todas las cosas difíciles para el hombre (que por cierto no son pocas), lo mas difícil es pasarlo bien; y de aquí procede el que pudiendo no hacer nada, que es el mayor placer segun los italianos, me haya picado la Tarántula tambien y quiera yo picar en todo: el diablo será que pensando picar á los demas, me pique á mí mismo. Tanto vale lo uno como lo otro: el caso es picar. De manera, que al primero que le pica la

Tarántula es á mí, pero muy agradablemente por cierto. ¿Hay cosa mas sabrosa que murmurar? ¿Habrá nada mas dulce que ver bailar á los demas, y ser uno solo espectador en esta pantomima, si se quiere ridicula, mas de movimiento, de leccion, aunque de poco mérito?

Diz que la Tarántula es un bicho (como otros muchos que veo) que tiene la cualidad especial de hacer bailar á aquellos á quienes punza su aguijon, y que por eso tiene pintado en su cuerpo un instrumento de cuerda (cuidado que no es el violon). Aquí de las particulares analogías de este animal. Conozco algunas mugeres que sin ser Tarántulas, ni tener nada de instrumento, ni de aguijon, y sin que nos piquen, nos hacen bailar á pesar nuestro, lo mismo que la Tarántula ni mas ni menos. Las mugeres y la Tarántula tienen muchas semejanzas, por mas que de la una nos podamos libertar y de las otras no, y que la Tarántula es preciso que nos toque para punzarnos, y las mugeres tenemos que tocarlas para que nos hagan bailar. Si los sentidos no nos engañaran tanto, á poco que las observáramos descubriríamos el aguijon. Ténganlo ó no, ello es que nos pican.

En los tiempos que hemos alcanzado, es preciso picar ó ser picado: no hay remedio; la sociedad actual es picadora por demas. De aquí procede el que el aguijon de nuestra Tarántula alcanzará á todo bicho viviente, y no habrá ninguno que se libre de él.

Cuando veais un infeliz loco, ardiendo de amor por una muger, que probablemente está tan fresca como el agua del Genil, al instante direis, á este le ha picado la Tarántula. Si mirais (rara vez) una muger enamorada, direis tambien: ¡pobrecita! A esa le ha picado la Tarántula. Miradlos como bailan; no el rigodon, ni el wals, sino una especie de galop que les hace no ver mas que el instrumento que ellos mismos tocan: son músicos que se acompañan ellos mismos. ¡Pero que bien! Admira ver como llevan el compás, y admira mas como se han acostumbrado á un ejercicio tan violento. Unos bailan sin pareja, otros con ella: cuando bailan solos es un baile desconcertado: cuando bailan con pareja es un baile admirable. ¡Que posturas! ¡Que modo de tender el cuello á manera de gaviota! ¡Que ademan tan empalagoso! ¡Que de cosas se les ve hacer! Hay momentos en que la situacion musical exige mas movimiento, y entonces no hay demonios que los sufran: otras caen en el género tonto, en el que sobresalen mas; es decir, en una especie de música dulce y nauseabunda: allí de las baseas y de no poderlos tolerar el espectador. Sus piernas y sus brazos, sus bocas y sus cabezas parecen hechas de almíbar de higo chumbo. ¡Que encanto! No hay mas que pedir. Pícales, Tarántula mia, para que no despierten de su letargo, porque si acaban de bailar, ¡pobres de ellos!

Aquí veo uno que trae papeles impresos en la mano. ¿Quien es? A primera vista parece tener pintado en la frente un instrumento de viento; despues observado con detencion, se ve adornado con trofeos de otra especie. Este lleva los bolsillos llenos de papeles públi-

cos. Picado el político una vez por la Tarántula, no vuelve de su parasismo sino despues de pruebas muy duras: tiene algo de camaleon porque come y vive con la política: á todas horas se le ve en movimiento, baila sin guitarra, toca instrumentos, para él no hay nada en el mundo sino la política: la Tarántula le envenenó; no hay mas que dejarlo. Cuando hayan pasado los días de prueba, volverá por sí mismo sin necesidad de remedio á su estado natural: la Tarántula no tiene tiempo señalado para sus influencias.

¡Que lástima! decia un viejo viendo á un jóven con posturas y ademanes, sino ridículos, forzados al menos. A este le ha picado la Tarántula de un modo particular: cree conmovier la sociedad con sus posturas y ademanes. Al contrario del político, que se mueve por los objetos exteriores, este todo lo tiene en sí mismo: un pañuelo que lleva al cuello le parece va á producir una revolucion en las hermosas; no las admira, se admira á sí mismo. Por la propiedad particular de la picadura de la Tarántula, este elegante se ha trocado en pavo real, se pavonea entre sus galas y gracias. Miradle como anda, solo su saludo encanta; tiene algo de muger y poco de hombre. El aguijon de la Tarántula penetró mas en el elegante, que en otro cualquiera: para que no sufra mucho, es necesario tocarle un guitarron que le hace bailar del modo mas irregular. No le hable V. de nada mas que de sus trapos, de sus conquistas y del figurin, en la inteligencia de que ni siquiera contestará: en su corbata ve el vencimiento de las hermosas, en su vestido la envidia de los hombres, en su baston el dominio del mundo. Suele acontecer que la Tarántula aflige mas frecuentemente á los jóvenes con esta enfermedad, pero tambien acomete á los viejos.

¡Cuantos efectos distintos produce el aguijon de la Tarántula! No hay sexo, ni edad que no punce, adaptándose al sugeto como vestido hecho para cada uno.

Mirad bien á estos que hablan mucho y con misterio: son redactores de periódico. Esta picadura es peor que todas las otras. Algunas veces les vereis hablar solos; otras con un éxtasis queriendo arreglar el mundo, tienen desarreglada la cabeza; ni el tiempo ni los desengaños curan la picadura. El que una vez tomó el trote de escribir, acaba su vida contagiado con la picadura; pero de que diverso modo influye esta picadura segun las inclinaciones del sugeto! A este le da por hablar día y noche con las musas, con quienes es consecuente, ya que no lo sea, con las que no son musas: al otro por arreglar el mundo, que estando como ha estado desarreglado siempre, solo un hombre atarantulado puede creer arreglarlo: á otros como yo nos da por hablar mal de lo pasado, de lo presente y de lo futuro. Podremos no tener razon para hacerlo; pero razon para hablar mal siempre la hay. Todos estos seres diseminados en la sociedad, se comunican por su instinto particular, como si la naturaleza los juntara: no hablan mas que de la imprenta, de poesía, de teatro y de literatura; viven para las letras y con las letras, que por cierto no son ni pueden ser un alimento muy sabroso. ¡Así están

ellos! Cuando la Tarántula pica á otro cualquiera, se le ve luchar con el mal por libertarse de él; pero un literato al contrario, quiere hasta ser punzado de nuevo: el contagio de las letras acaba con el individuo. Vosotros los que habeis podido haceros superiores á las terribles tentaciones de escribir, no os dejéis llevar de ellas; de todos los males que acompañan al hombre en su vida, hay pocos comparables á los que produce la Tarántula en un literato. Muchas veces he creído que sus concepciones salen contagiadas con el veneno que los mueve; y he aquí la causa de su pobreza, de las murmuraciones eternas contra sus producciones, ya por los que nada saben, y ya por los que no saben hacer lo que ellos, de el olvido de lo que han hecho, de las críticas amargas é injustas, y en una palabra de todo lo que sufren. Si fuera posible curarse de esta enfermedad, nadie mejor que el literato conocería lo que habia ganado; pero pues que no hay remedio siga cada uno su sino, y la Tarántula picando.

¡Que demonio de animal! Miradle entrar en todas partes: como punza á cuantos individuos encuentra: hasta en el teatro se ha metido.... ¡Silencio!!! Silencio!! No alborotemos: aquí nada hay que por ahora podamos revelar. Los cómicos dentro, Tarántula, y nosotros fuera.

Aquí tienes los militares; les ha picado hasta los tuétanos, y no pueden hablar sino de sus pagas, de la guerra, de sus ascensos, de su oficio en fin: nadie mas que ellos vive entre el estruendo de sus armas.

A la beata, al comerciante, al usurero, á la.... á mi mismo me has picado hoy tambien para que hable mucho, y razon es ya de que calle.

UNA ACTRIZ.



usana llegó del teatro y se arrojó en un sillón delante de la chimenea, vestida aun con la blanca y ensangrentada túnica de Desdémona, cuyo papel acababa de ejecutar en el Oteló. Anchas lágrimas corrian por sus mejillas pálidas y un profundo abatimiento habia sucedido á la horrible agitacion que durante muchas horas destrozó su pecho; tanto habia costado á la infeliz la desesperada determinacion que acababa de tomar! Tener en sus manos un billete que encerraba toda su esperanza, la realidad de sus mas caras ilusiones, todo un porvenir de amor y felicidad; y haber de apartar de él sus ojos, imponer silencio á su corazón y arrojar al fuego con su propia mano aquellos queridos caracteres que trazaban el horizonte de su vida para verlos convertidos en yertas cenizas de indiferencia y abandono!

Pero la resolución estaba tomada, ¿como retroceder? era preciso que el dedo de los hombres no fuese algun día para Guillermo el pañuelo de Desdémona en las manos celosas de Oteló, era preciso un sacrificio á la virtud y allí estaba el fuego. Susana arrojó el papel en la chimenea, y se levantó precipitadamente para no ver su felicidad devorada por las llamas.

Luego haciendo un esfuerzo sobre si misma, escribió la siguiente carta que entregó á su criado, y se acostó para hundir en la soledad de la noche la soledad de su corazón.

«A sir Guillermo Alderney.

Amigo mio : me ofreceis vuestra mano, vuestro nombre y una vida consagrada enteramente á hacer mi felicidad ! ah ! porqué no os he conocido antes, para antes haberos amado y ser hoy digna de llamarme vuestra esposa? Sí, porque ahora que os amo es cuando no merezco vuestro amor.

Yo he amado, amigo mio, y todo el mundo lo sabe : he sido débil, y la sociedad que jamas perdona, tiene mil voces para gritarle á la desgraciada que una vez se extravió del sendero de la virtud, las horrorosas palabras de *mujer perdida*, sin que una sola persona quiera señalarle de nuevo el camino que olvidó. Si, un hombre abusó de mi juventud é inexperiencia, y los demas me deshonoraron proclamando el triunfo de su compañero: entonces para no oir el murmullo de unos cuantos, busqué el ruido de la multitud; para olvidar mi error busqué las distracciones. He sido coqueta, pero las coquetas son frecuentemente las mas desgraciadas, porque oyen á todos para no pensar en uno solo, y rien para no llorar. Sin embargo, todavía me estaba reservada en la vida la felicidad de veros y amaros; y si me niego á recibir vuestro nombre, es porque aspiro á merecer vuestro amor.

A Dios para siempre, Guillermo, á Dios.»

El día siguiente sir Guillermo procuraba con lágrimas en los ojos hacer cambiar á Susana de resolución; pero todo fué en vano, ella estuvo inexorable y fué preciso resignarse.

—Obrando así, concluyó Susana, he creído adoptar el partido mas razonable, oh Guillermo bien caro me ha costado! Y creedme, nosotros podemos ser mas felices libres que casados, porque entonces tendriais derecho para reprocharme, cuando ahora yo no os debo cuenta de mis acciones. Además, amigo mio, os confesaré mi debilidad: actriz amada del público, yo estoy acostumbrada á la vida del teatro. Mi gloria es presentarme ante la multitud que me escucha y me aplaude, ceñidas mis sienes con la diadema de las reinas; y este falso esplendor que me seduce, estos aplausos que me entusiasman no pueden unirse

con la noble simplicidad, con el dulce egoismo del matrimonio. Sin quererlo yo os haria celoso, y sin quererlo vos me hariais desgraciada. No querais robarme á mi gloria, porque hariais de mi una estatua despojada de sus atributos; entonces caeria de mi pedestal. Cuando se ha cometido una falta, ya que no se puede alcanzar el perdon, es necesario al menos obligar á los hombres á olvidarla.

Sir Alderney se vió desde este momento obligado á abandonar sus proyectos de union con Susana, aunque no pudo resolverse á dejar de verla y amarla. Todos los dias pasaba algunas horas á su lado, todas las noches en el teatro presenciaba sus triunfos y adivinaba bajo los suntuosos vestidos con que se presentaba la actriz radiante de gloria y de belleza, los tiernos latidos del corazon de la amante; y allí, donde todos admiraban el genio dramático y la sublimidad del poeta, él veia con orgullo y entusiasmo las inspiraciones del amor. ¡Que mas podia desear! ¿no poseia el corazon de una muger envidiada de todos? y si aquel amor se le negaba con los labios no se lo atestiguaban los ojos, las lágrimas y las agitaciones del corazon delante de todo el mundo?

En tanto Susana pasaba todo el tiempo entre sir Guillermo y su íntima amiga Julieta, célebre cantatriz de la ópera inglesa. La alegría infantil de Julieta animaba las poéticas correrías de los dos amantes por las deliciosas praderas, y servia de pretexto para disimular los amorosos sentimientos que ellos no podian desterrar de sus corazones, ó para dar rienda á sus suspiros cuando la jóven como una alegre mariposa que vuela de flor en flor tocaba ligeramente las cuerdas secretas de aquellas almas en que reinaba una melancólica armonia. Estos paseos se repetian diariamente, y Julieta que antes era solo un punto de transicion para la muda inteligencia de los dos amantes, llegó á hacerse tan necesaria á sir Guillermo, que cuando por casualidad faltaba, se le veia mas sombrío y abatido que de costumbre. Susana observaba en silencio el corazon de su amante, y cuando llegó á conocer el cambio que en él se verificaba insensiblemente, no pudo poner limites á su dolor y desesperacion. Se quejó y se le acusó de demasiado exigente... lloró y empezaron las ausencias... Se entregó á la irritacion de sus celos, y Guillermo no volvió mas... ¡El mismo Guillermo que algunos dias antes queria ser su esposo! ¡el hombre que con lágrimas en los ojos le habia jurado tanto amor! ¡amor de hombre! ¡puro egoismo!

Si el amar es un placer ¡cual dolor puede igualar al que se experimenta cuando se tiene la triste conviccion de que algun

dia ha de cesar el amor! si el amor es la luz del alma ¡que sombría y desierta debe quedar esta cuando se apaga aquella brillante antorcha. Susana creyó que le seria posible vivir sin ver á Guillermo : el primer dia de ausencia salió como de costumbre á su paseo campestre ; pero todo era nuevo y todo monótono y fastidioso á sus ojos : ella misma se preguntaba si eran aquellos los mismos campos, aquellas las mismas flores que habian hecho su encanto al lado de Guillermo : todo estaba cambiado ante su vista. Cuando entró en su casa, ya sus labios se abrian para preguntar si el lord habia venido, y sus miradas registraban todas las mesas, las rinconeras, los sillones en busca de alguna carta que dispase las amargas dudas de su alma; pero nada! Sentada en su tocador, asomada á su balcon, sus oídos y sus ojos seguian todos los ruidos, todos los movimientos, y su corazón esperaba en la mas cruel agonía algun indicio favorable á su amor ; pero nada! Cuando llegó la hora de ir al teatro, ya creia distinguir á Guillermo entre sus amigos, y verlo en su cuarto contestando á sus amorosas quejas. Apareció en la escena, y hubo un momento en que creyó encontrar sus miradas en medio de un grupo de sus admiradores : entonces sintió despertarse en ella una nueva vida, sintió brotar la inspiracion en su frente, y su voz conmovida, sus penetrantes ojos se dirigieron á él, y para él solo declamó poseida de entusiasmo y de ternura. ¿Que le importaba á ella la multitud que la admiraba, ni los aplausos que resonaban á sus piés? todo lo desdeñaba por una mirada sola de Guillermo... pero ah! Guillermo no podia mirarla porque no estaba allí.

De esta suerte Susana que habia vivido por el amor, vivió largo tiempo por la esperanza, no sucumbiendo al dolor porque ella misma dudaba de verse abandonada : su alma se encontraba en esa especie de suspension que causa la muerte de un ser querido á quien se llora, sin acabar de resolverse á creer que no se volverá á ver jamas.

Despues deseó la sociedad, los paseos y las diversiones, persuadida de que en el instante en que sus ojos viesen á Guillermo, él volveria á su lado mas tierno y amoroso que nunca; pero parece que una barrera se levanta entre dos seres antes queridos al punto que se separan : habitan la misma ciudad, frecuentan los mismos lugares, y no se encuentran jamas. Susana no volvió á ver á su ingrato amante.

Asi pasaba los dias la infortunada actriz, hasta que un vago presentimiento la condujo á la casa de Julieta: se le dijo que no recibia, insistió y se le mandó esperar. Pero el ruido de dos voces vino á herir sus oídos : un frio gracial corrió por sus venas,

su corazon comenzó á latir con violencia, y casi involuntariamente se puso á escuchar. Sir Alderney hablaba con agitacion y repetia á la jóven Julieta aquellas mismas expresiones de amor que todavia estaban grabadas en el corazon de Susana: ¿como resistir á tan horrible suplicio? ¿como permanecer insensible ante tan negra perfidia? La puerta no pudo resistir á la convulsiva violencia con que la infeliz se precipitó hácia el aposento, y se encontraron Julieta y Susana frente á frente: Guillermo habia desaparecido.

Largo rato permanecieron así las dos amigas, Julieta sin atreverse á proferir una palabra, Susana sin poderla articular por la agitacion en que se hallaba; hasta que agolpándose dentro de su pecho mil sentimientos de celos, de indignacion y de desprecio, exclamó con balbuciente voz.

—¿Con que este era el cariño que me profesábais? ¿con que mientras yo os contemplaba como el objeto mas caro de mi aprecio, vos trabajábais para robarme mi felicidad robándome el amor de Guillermo? ¿Vos, jóven, hermosa, rodeada de adoradores no habeis querido dar vuestro corazon sino desgarrando el de vuestra amiga? Y este era el consuelo que yo venia á buscar, y en ese seno era donde yo venia á derramar mis lágrimas? ¡traidora!

—Señora, contestó Julieta, sir Alderney os ha amado largo tiempo; ha querido ser vuestro esposo y lo habeis desechado. ¿Creiais acaso que su amor fuera eterno? ¡Es tan frágil el amor fundado en la belleza, que al fin llega el dia en que el hombre aspira á una posesion mas estrecha, á inspiraciones mas permanentes! Porque habeis desechado su mano ¿queriais que él renunciase al matrimonio?

—¿Que quereis decir? gritó Susana despavorida.

—Que sir Guillermo Alderney es ya mi marido.

Un grito espantoso salió á esta respuesta del alma de Susana y cayó sin sentido.

.....

Dos meses despues una muger sentada cerca de un velador en un gabinete cuyos halcones daban á un pequeño jardin, contemplaba melancólicamente las marchitas flores y el adormecimiento de la naturaleza. Un largo vestido negro envolvía sus delgados miembros, y sus cabellos desordenados caian por sus lividas megillas, y sobre su cuello mas blanco que el marfil. Con una de sus manos jugueteaba con los ricos vasos y adornos de porcelana que en el velador habia, mientras que con la otra señalando á varios puntos del jardin, parecia guiar su vista en busca de algun objeto deseado. Luego sonando una campanilla

de plata, dijo al criado que se presentó.

—Arnold, el paseo que he dado con Guillermo me ha fatigado mucho: no quiero recibir á nadie. Ireis al teatro á decir al director que no puedo trabajar esta noche; ¿estais? porque estoy muy cansada.

Peró en el instante en que el viejo se retiraba enjugando una lágrima que habia arrancado á sus ojos el estado de su señora, esta volvió á llamarle y le dijo.

—Mira Arnold, adonde debes ir es casa de Guillermo.... su ausencia me inquieta mucho.... él que viene tan amenudo!.... Pobre Susana! exclamó despues, ¡ como te abandonan! todos te olvidan, todos!

De esta suerte se pasaban los dias de la interesante Susana desde su última visita á Julieta. La infeliz despues de dolorosos padecimientos, no habia podido recobrar la vida sino perdiendo la razon: estaba loca. El primer pensamiento del médico que la asistia, fué arrancarla á la curiosa compasion de la multitud frívola y egoista, haciéndola conducir á una casa de campo distante de la capital, donde la hemos visto delirando, ya con un paseo al lado de Guillermo, ya inquieta por su ausencia: la desgraciada se contradecia á cada paso, y se juzgaba muy razonable en medio de su locura, sin que el tiempo pudiese disminuir su mal, hasta que el médico desesperado de su curacion resolvió conducirla otra vez á la ciudad, creyendo que la variacion podria influir en su estado de un modo favorable.

En efecto, á medida que se acercaba el carruaje á la capital, Susana parecia resucitar del abatimiento en que se hallaba, y volver á la salud: sus mejillas se coloraban de un vivo carmin, y sus ojos tomaban la brillante transparencia de otro tiempo: una dulce sonrisa asomaba á sus labios y su imaginacion se entretenia alegremente con los matizados paisajes que se sucedian ante su vista. En fin, se veia renacer de la pobre loca, la hermosa y encantadora Susana.

Cuando entró en su casa, se adivinaba la felicidad pintada en sus facciones, en su alegría candorosa, en sus preguntas y en la curiosidad con que registraba todos los muebles y habitaciones. Luego preguntó, que pieza se representaba aquella noche en el teatro... El Hamlet, le dijeron. — Hamlet, en que ella habia recibido tantos aplausos, en que tantas coronas habian ceñido sus sienes en medio de las aclamaciones de un público que la admiraba y la queria.... y ahora se hacia el Hamlet sin ella! su papel de Ofelia se abandonaba á otra, cuando nadie en el mundo habia podido disputárselo! Susana no pudo resistir á aquella idea, y dos raudales de amargas lágrimas brotaron

de sus hermosos ojos al verse tan abandonada, que hasta su lugar en la gloria y admiración del pueblo estaba ocupado por otra.

Sin embargo, desahogado su corazón con aquel copioso llanto, un momento después se hallaba poseída de una calma melancólica, y procuraba ella misma mitigar su dolor con la vista de objetos indiferentes: cuando el médico volvió, la encontró dibujando un ramo de flores marchitas que había colocado en un vaso de porcelana.

—Que haceis? le preguntó.

—Hago mi retrato, contestó con acento doloroso.

Pero de pronto arrojando los pinceles y reclinando la cabeza entre sus manos, quedó sumergida en una abstracción completa. Cuando volvió en sí, ya estaba muy avanzada la noche, y un profundo silencio reinaba á su alrededor. Por una ventana abierta penetraba el resplandor opaco de la luna, y una ligera brisa llenaba la habitación del perfume de las flores del jardín. Susana contemplaba este cuadro de dolor y soledad, y se preguntaba sino sería dulce la muerte á aquella hora para quien la vida no tenía ninguna ilusión y felicidad.

Luego, y como si alguna idea fija la dominase, corrió á su guarda-ropa, y sacando un vestido blanco y un manto de crespon negro, bajó al jardín donde cuidadosamente se vistió, y formó una guirnalda de flores para adornar sus desgajados rizos. Así dió algunas vueltas por entre los arbolillos, hasta que se persuadió de que nadie la observaba; entonces saliendo con cautela por una puertecilla á la calle, se dirigió hacia el teatro precipitadamente.

Mientras que la infeliz arrastrada por un pensamiento que la dominaba seguía su marcha, se concluía en el teatro el Hamlet al estruendo de los innumerables aplausos de un pueblo entusiasmado. Todos oían aquel lúgubre poema en que la verdad sale de la boca de los locos, y en que la mentira quema los labios de los seres razonables. Ofelia había oído con resignación la sentencia de muerte que Hamlet acababa de lanzarle, diciéndole «yo no os he amado jamás.» Ella había visto á su amante arrebatarse por un doble crimen su padre y su felicidad, y ya la actriz que la representaba, demente y con los cabellos esparcidos se dirigió hacia el público, cuando una segunda Ofelia vestida también de blanco, con el velo de la huérfana, los cabellos esparcidos y la frente coronada de flores, se precipitó por el foro, y apareció en el teatro en la verdadera situación que soñó Shakespere para la infortunada hija de Polonio.

La loca paseó sus vagas miradas por la multitud conmovida y

confusa, y despues pasándose la mano por los ojos como para quitarse el reflejo de tanta claridad, se puso á cantar con lenta y triste voz:

Con la frente descubierta la pusieron en el féretro
Y lágrimas vertieron sobre su tumba.

Oh Dios mio! (exclamó mezclando sin saberlo sus propios pensamientos á las inspiraciones de Shakespere), él ha muerto! mi amante ha muerto! quien me lo ha dicho, gran Dios? nadie ha querido decírmelo, yo lo he adivinado! cuando un amante no vuelve, es porque ha muerto, porque los amantes nunca olvidan: el mio ha muerto, y los hombres me han ocultado su muerte: ¡qué desgraciada soy! ellos han preferido hacerme creer que me habia abandonado: ¡insensatos! no saben que el abandono desgarrá el corazon mas que la misma muerte! Se muere porque se ama, y cuando se abandona es porque ya no hay amor... ¡una margarita! ah, yo quería daros violetas; pero todas están marchitas desde que murió mi amante! ¡bárbaros que me veis llorar y no lo habeis resucitado! Ah, Dios mio! ah, que horror! han arrojado su sudario sobre mis hombros ¡que horror! quieren que yo pase la vida envuelta en la mortaja de mi amante! Si, esto negro es su sudario! miradle! todavia tendrá el polvo de su tumba!.... Sin embargo, es preciso sufrir; sí, yo sufriré... pero... dejadme llorar, por Dios, dejadme llorar ya que le habeis arrojado sobre el rostro esa tierra negra y helada!

.....
Y la infeliz se alejaba anegada en llanto, cuando volviéndose de pronto, el crespon negro que llevaba en los hombros impulsado por el movimiento le envolvió el rostro.

Ah! gritó ella rasgándolo con desesperacion, Dios mio, la mortaja!.... Dios mio! Dios mio! la mortaja!.....

Y lanzando un último y largo gemido, cayó sobre las tablas del teatro como una estatua, que de un solo golpe descende de lo alto de su pedestal. Por todas partes corrió la multitud hácia ella; pero fueron inútiles todos los socorros, porque la vida la habia abandonado.

Así acabó la célebre y hermosísima actriz Susana Vambruggen, á cuya desgraciada muerte consagró Pope una melancólica balada.

GEMMA DE VERGY.

Tragedia lírica en dos actos, del maestro Donizetti.



El conde de Vergy, uno de los mas valientes capitanes del ejército de Carlos VII de Francia, habia ido en peregrinacion á Palestina en cumplimiento de un voto. Rolando su escudero, paseando un dia por las riberas del Nilo, encontró á un árabe jóven, y acometiéndole sin darle tiempo para defenderse, le hiirió mortalmente con su puñal, le hizo esclavo y le presentó al conde; pero este, compadecido de su juventud, le curó de sus heridas, y de regreso á Francia trajo consigo á su esclavo Tamas y le instaló en su castillo. Tamas con un corazon de fuego y con unas pasiones vivisimas, guardaba dentro de su alma un odio profundo á Rolando, y un agradecimiento sin limites al conde, pero estos afectos cedieron ante otro mas poderoso, ante el vehemente amor que le inspiró la singular belleza de su señora la condesa Gemma, amor que recataba de todo el mundo y que apenas se atrevia á confesar á sí propio.

El conde, en tanto, habia ido á Bretaña, en donde conoció á Ida de Greville, jóven, hermosa, y de las primeras familias de Francia: enamoróse de ella, y deseando que fuese suya, solicitó del papa una bula de divorcio, (alegando para ello la esterilidad de su esposa Gemma) y la autorización para contraer un nuevo matrimonio con la bella Ida. Consiguio el conde ambas cosas, y encargó á Rolando llevar el acta de divorcio á Gemma. Preséntase el escudero en el castillo y anuncia la fatal noticia á los hombres de armas de su señor, que compadecen vivamente á la condesa. Hallábase entre ellos Tamas, que no pudiendo contener su indignacion, desahoga su furor sobre Rolando, quien alza el puñal para herirle, á tiempo que aparece Gemma. Al ver esta al escudero, pregunta por su esposo, y al oir que vuelve al castillo, manda disponer una brillante fiesta para recibirle. Aléjanse todos, y solo permanece Guido, amigo del conde, que habiendo recibido de Rolando el acta de divorcio, se lo comunica á la condesa, quien no pudiendo resistir á su dolor y á la ingratitud del conde, se resuelve á abandonar el castillo.

Tamas, cuyo corazon no podia perdonar una ofensa, venga en Rolando todas las que este le habia hecho, y el odio que el mismo tenia á Gemma, objeto del silencioso y vehemente amor del árabe, clavando en el corazon del escudero su puñal, que arroja sobre una mesa. Llega el conde, y al ver aquel arma ensangrentada, cree que Gemma en su dolor ha atentado contra su vida; pero al saber que

aquella sangre es de Rolando, y que el asesino es Tamas, jura castigar al esclavo. Constitúyese al punto el tribunal presidido por el conde, conducen al esclavo, y su señor le promete el perdón y la libertad, con tal de que abandone la Francia y regrese á su país. Tamas rehusa, y declara que quiere permanecer, pues tiene aun que satisfacer otra venganza; desea matar al conde. Todos piden la muerte del esclavo, y este iba á herirse con su puñal, cuando aparece Gemma; á su vista cae el arma de su mano y se resigna á vivir pues ha pedido ella su perdón al conde. La triste Gemma reconviene á su esposo por su ingratitud y por el abandono en que la deja, con las palabras mas cariñosas; el conde enternecido con tanto amor iba á ceder, cuando suena la música que anuncia la llegada de Ida al castillo. Sepárase en el momento de Gemma para recibir á su nueva esposa, y aquella desventurada queda entregada á la mas honda desesperación.

Ida aparece, y aun cuando ve realizadas todas sus esperanzas, lamenta la suerte de la triste Gemma; invitada por el conde se retira á descansar, y queda este solo con Guido, quien le entrega de parte de Gemma el anillo nupcial, prenda en otro tiempo de su amorosa fe. El conde no puede ya retroceder, y dispone la ceremonia de su casamiento. Ida en tanto habia bajado á pasear por los jardines, en donde encuentra á Gemma; la reconoce y quiere huir, pero aquella deteniéndola, la amenaza con su puñal é iba á sacrificarla á sus rabiosos celos, cuando aparece el conde. Al ver este el peligro de Ida, saca su espada para libertarla, pero no tiene necesidad de hacerlo, pues Tamas ha desarmado á Gemma. Celébranse los desposorios de Ida y el conde, y en tanto Tamas insta á Gemma á que abandone aquellos lugares tan funestos para ella; pero Gemma quiere vengarse de la ingratitud del conde. Tamas que adoraba á su señora, vuela á la capilla, clava su puñal en el corazón del conde en el momento mismo en que habia proferido su juramento; y perseguido por los escuderos y no queriendo morir á sus manos, se hunde en su pecho el mismo puñal humeante todavía con la sangre de su señor. Ida se vuelve con sus padres, y la desventurada Gemma se retira á un claustro, en donde expias con la oración y las lágrimas la horrosa catástrofe que promoviera su funesto amor.

Se suscribe este periódico cada doce números francos de portes quince reales. En Alcoy, Cabrera.—Algeciras, Grimaldi.—Alicante, Carratalá.—Almería, Gonzalez.—Avila, Sastre Real.—Badajoz, viuda de Carrillo.—Barbastro, Laffita.—Barcelona, Sauri.—Bilbao, Delmas.—Burgos, Arnaz.—Cádiz, Hortal y comp.—Cáceres, Burgos.—Cartagena, Benedicto.—Castellon de la Plana, Gutierrez Otero.—Ceuta, Uget.—Córdoba, Berard.—Coruña, Perez.—Ferrol, Tajonera.—Gerona, Oliva.—Gerez de la Frontera, Bueno.—Gibraltar, Mr. R. Hepper.—Guadalajara, Ruiz.—Huelva, Palacios.—Jaén, Orozco.—Leon, Miñon.—Logroño, Ruiz.—Lugo, Pujol.—Madrid, libreria Europea.—Mahon, Sitjes.—Málaga, Martinez.—Murcia, Nogues.—

sup. todas las ciudades. **Granada, Imprenta de Benavides.**